

CHRISTINE LEUNENS

EL CIELO ENJAULADO

Una de las novelas más impactantes
sobre la Segunda Guerra Mundial




ESPASA



CHRISTINE LEUNENS

EL CIELO ENJAULADO

Traducción de Claudia Conde



Título original: *Caging Skies*

© Christine Leunens, 2019

© por la traducción, Claudia Conde, 2012, 2019

© por la revisión, Pilar de la Peña Minguell, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2012, 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2019

ISBN: 978-84-670-5662-4

Depósito legal: B. 21.770-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Nací en Viena el 25 de marzo de 1927. Johannes Ewald Detlef Betzler: un bebé gordo y pelón, según he visto en los álbumes de fotos de mi madre. Siempre que los hojeaba me divertía tratando de adivinar, observando sólo los brazos, si era mi padre, mi madre o mi hermana la persona que me sostenía. Como la mayoría de los bebés, supongo, tenía una gran sonrisa desdentada, sentía gran interés por mis piecitos, y, más que comerme la mermelada de ciruelas, la llevaba puesta. Sentía mucho apego por un canguro rosa de peluche, el doble de grande que yo, que me empeñaba en arrastrar por la casa; y no me hizo ninguna gracia que alguien me metiera un cigarro en la boca, o al menos eso creo, porque se me ve llorando.

Estaba tan unido a mis abuelos como a mis padres. Me refiero a mis abuelos paternos, porque a los maternos, mi Oma y mi Opa, no llegué a conocerlos. Eran de Salzburgo y los sepultó un alud antes de que yo naciera. Mi Oma y mi Opa eran grandes aficionados al excursionismo y al esquí de fondo. Mi abuelo era capaz de reconocer, sin abrir los ojos, un pájaro solamente por su can-

to, y un árbol por el sonido del viento entre sus hojas. Decía que cada clase de árbol tenía su murmullo particular. Sé que mi madre no exageraba, porque mi padre también juraba que mi Opa era capaz de hacerlo. Mi madre hablaba tanto de sus padres que tengo la impresión de que llegué a conocerlos bien y a apreciarlos. Vivían en algún lugar con Dios, mirándome desde lo alto y protegiéndome. Ningún monstruo podía esconderse bajo mi cama para agarrarme las piernas si tenía que ir al baño en medio de la noche, ni ningún asesino podía acercarse a mí a escondidas durante el sueño para clavarme un puñal en el corazón.

A mi abuelo paterno lo llamábamos Pimbo, y a mi abuela, Pimmi, más el sufijo *-chen*, que en alemán es un diminutivo cariñoso, y que tenía el curioso efecto colateral de reducirla un poco. Eran nombres que mi hermana se había inventado de pequeña. Pimbo vio por primera vez a Pimmichen en un baile, uno de esos típicos bailes fastuosos de Viena, en el que ella bailaba un vals con su apuesto prometido, que iba vestido con uniforme militar. El novio fue a buscar unas copas de *sekt*, y mi padre lo siguió para decirle lo hermosa que era su futura esposa. Cuando el joven le respondió que en realidad era su hermana, Pimbo ya no permitió que bailara ni una canción más. El tío abuelo Eggert tuvo que quedarse sentado, porque, comparadas con su hermana, todas las demás jóvenes le resultaban poco atractivas. Cuando los tres se disponían a marcharse, mi abuelo los llevó hasta un automóvil de lujo aparcado justo detrás de los carruajes y, apoyando el brazo en el asiento descubierto como si fuera el dueño, levantó la vista al cielo con expresión soñadora y dijo: «Lástima que sólo haya sitio

para dos. Hace una noche estupenda, ¿por qué no vamos andando?».

A Pimmichen la cortejaban dos buenos partidos de la sociedad vienesa, pero se casó con mi abuelo, convencida de que era el más guapo, ingenioso y encantador de todos, y de que su posición social era bastante buena. Sólo que esto último no era cierto. A decir verdad, incluso la pequeña burguesía lo habría considerado más pobre que un ratón de iglesia, como solía decirse, sobre todo después de lo mucho que había gastado en los meses anteriores a la boda llevándola a los mejores restaurantes y funciones de ópera, todo gracias a un préstamo bancario. Pero fue un engaño relativamente inofensivo, porque una semana después de conocerla, con aquel mismo préstamo, fundó una pequeña fábrica de planchas y tablas de planchar, y al cabo de varios años de duro trabajo había reunido la fortuna suficiente para vivir de manera desahogada. A Pimmichen le gustaba contarnos cómo la langosta y el champán se convirtieron en sardinas y agua del grifo al día siguiente de la boda.

Mi hermana Ute murió a causa de la diabetes cuatro días antes de cumplir los doce años. A mí no me dejaban entrar en su cuarto cuando se ponía la inyección de insulina. Al oír a mi madre diciéndole que se la pusiera en el muslo si le dolía el vientre, yo desobedecía y la sorprendía con el vestido verde desabrochado, colgando más abajo de la cintura. Una vez se le olvidó ponerse la inyección al volver de la escuela. Mi madre le preguntó si se la había puesto y ella respondió «sí, sí», pero eran tantas las veces que tenía que inyectarse que sus respuestas se habían vuelto más una cantinela que una confirmación.

Por desgracia, me acuerdo más de su violín que de ella: la caja barnizada con nervaduras oscuras, el olor de la resina con que frotaba el arco y la nube que se formaba cuando empezaba a tocar. A veces me dejaba probar, pero no me permitía tocar las crines de caballo, porque podían ennegrecerse; ni tensar el arco como hacía ella, porque podía partirse; ni tampoco girar las clavijas, porque se podía romper una cuerda, y yo era demasiado pequeño para tener en cuenta todas esas cosas. Cuando tenía la suerte de pasar el arco por las cuerdas y arrancarles un sonido que sólo a mí me deleitaba, podía estar seguro de que ella y su amiga estallarían en carcajadas y de que mi madre no tardaría en llamarme para que la ayudara en alguna tarea que le resultaba imposible de realizar sin la colaboración de su pequeño adalid de cuatro años: «¡Johannes!». Aun así, yo hacía un último intento, pero nunca conseguí deslizar el arco recto, como me enseñaba Ute; siempre acababa tocando el puente, la pared o el ojo de alguien. Entonces me arrancaban el violín de las manos y me arrastraban hasta la puerta, a pesar de mis airados chillidos. Recuerdo las palmaditas que me daban en la cabeza, antes de que ella y su amiga se encerraran para seguir ensayando.

Sobre una mesita del salón había siempre las mismas fotografías de mi hermana, y con el paso de los años, uno a uno, casi todos mis recuerdos fueron absorbidos por esas poses. Se me fue volviendo cada vez más difícil conseguir que se movieran, cobraran vida o hicieran algo más que sonreír dulce y despreocupadamente a través de las peripecias de mi vida.

Pimbo también murió debido a la diabetes menos de dos años después, a los sesenta y siete años. Aunque él

no sabía que fuese diabético. Mientras se recuperaba de una neumonía, la enfermedad salió de su estado latente. Su pena era incurable; se culpaba de la muerte de Ute. Mis padres dijeron que se dejó morir. Para entonces, Pimmichen tenía setenta y cuatro años y no queríamos que estuviera sola, así que la trajimos a casa. Ella se oponía a la idea, porque pensaba que iba a perturbar nuestra vida, pero no quería morir en el hospital como Pimbo. Todas las mañanas, durante el desayuno, tranquilizaba a mis padres diciéndoles que no iba a molestarlos mucho tiempo más. Pero no los tranquilizaba ni a ellos ni a mí, porque ninguno de nosotros deseábamos que muriera. Cada año iba a ser el último de Pimmichen, y cada Navidad, Pascua o cumpleaños mi padre levantaba la copa con los ojos húmedos y decía que aquél sería tal vez el último año que nos encontrábamos todos juntos para celebrar la ocasión. A medida que pasaban los años, en lugar de creer cada vez más en la longevidad de mi abuela, curiosamente creíamos cada vez menos.

Nuestra casa, pintada del amarillo de Schönbrunn tan extendido en Austria, estaba en el decimosexto distrito, llamado Ottakring, en las afueras, al oeste de Viena. Aunque estábamos dentro de los límites de la ciudad, teníamos bosques a un lado, Schottenwald y Gemeindewald, y prados al otro. Al volver del centro de Viena, teníamos la impresión de vivir en el campo más que en una capital. Aun así, Ottakring no estaba considerado uno de los mejores distritos para vivir; al contrario, junto con Hernals, era uno de los peores. Su mala reputación se debía a que la parte que se extendía hacia el interior de la ciudad estaba habitada por «mala gente», según los mayores. Supongo que querían decir que

eran pobres, o que hacían lo que fuera preciso para dejar de serlo. Pero nosotros vivíamos muy lejos de esa zona. Desde las ventanas de nuestra casa no llegábamos a ver las viñas de las colinas, famosas por el vino blanco afrutado que producían tras todo un verano de calentarse al sol; pero si cogíamos las bicicletas, en cuestión de minutos estábamos serpenteando por los caminos al pie de aquellos viñedos. Lo que sí podíamos ver eran las tres casas de nuestros vecinos, pintadas de color oro viejo o de verde cazador, las alternativas más frecuentes al amarillo de Schönbrunn.

Tras la muerte de mi abuelo, mi padre pasó a dirigir la fábrica. Cuando mi abuelo estaba al frente, mi padre trabajaba con él, supervisando a los empleados. Aunque mi madre le había advertido del peligro de crecer demasiado, él decidió fusionar la empresa con Electrodomésticos Yaakov, que no era más grande que Planchas Betzler, pero exportaba sus artefactos a todo el mundo y obtenía sustanciosos beneficios. Mi padre argumentó que el ciento por ciento de cero era cero, mientras que una pequeña porción de una enormidad siempre sería mayor, se mirara como se mirara. Estaba satisfecho con la sociedad, y muy pronto Yaakov & Betzler estaba exportando electrodomésticos y planchas modernizadas a tierras extrañas. Mi padre compró un globo terráqueo, que me enseñaba después de la cena, y me mostraba dónde estaban Grecia, Rumanía y Turquía. Yo imaginaba a los griegos, a los romanos (que suponía viviendo en Rumanía) y a los turcos vestidos con túnicas muy lisas, muy bien planchadas.

Dos incidentes destacan en mi infancia, aunque no fueron los momentos más felices ni los más tristes de

aquellos primeros años. Tampoco fueron superlativos en ningún sentido. Aun así, son los que mi memoria ha elegido conservar. Mi madre estaba lavando una lechuga y yo fui el primero en verlo: un caracol alojado entre las hojas. Lo tiró a la basura. Teníamos varios cubos, y uno de ellos era para las mondas, las cortezas y las cáscaras, que ella enterraba en el jardín. Me preocupaba que el caracol se ahogara, ya que allí dentro solía haber bastante humedad. Mi madre no me dejaba tener perros ni gatos, porque era alérgica al pelo de los animales. Después de algunos ruegos por mi parte, algunas vacilaciones y cierta expresión de fastidio en su cara, me permitió quedármelo en un plato. La mía era la más adorable de las madres. No pasaba un día sin que yo diera de comer lechuga a mi caracol. Se puso más grande que cualquier otro caracol que hubiese visto, grande como un pájaro pequeño. O casi. Sacaba la cabeza de la concha cuando me oía venir, balanceaba el cuerpo y movía los cuernecitos, todo a su ritmo lento y pausado.

Una mañana, cuando bajé, vi que mi caracol no estaba en su sitio habitual. No tuve que ir muy lejos para encontrarlo. Lo despegué de la pared y lo devolví a su plato. Aquello se convirtió en un hábito: todas las noches se fugaba y llegaba un poco más lejos. Yo dedicaba el comienzo del día a buscarlo y despegarlo de las patas de la mesa, de la porcelana Meissen, del papel pintado o del zapato de alguien. Una de esas mañanas se me hacía tarde para ir a la escuela, y mi madre me dijo que lo buscara después del desayuno si me quedaba tiempo. Mientras lo decía, apoyó la bandeja en la encimera de la cocina. Los dos oímos el crujido. Dio la vuelta a la bandeja..., y ahí estaba mi caracol, con la concha hecha pedazos. Yo

era demasiado mayor para llorar como lo hice. Ni siquiera me sobrepuse cuando mi padre vino corriendo, convencido de que me había cortado con un cuchillo. Sintió no poder hacer nada, porque tenía que irse al trabajo, pero mi madre prometió que intentaría arreglar la concha de mi caracol. Yo estaba tan afligido que finalmente accedió a que no fuera a la escuela.

Corrí en busca del pegamento para encolar los trozos, pero mi madre temía que la sustancia atravesara la piel del caracol y lo envenenara. Lo mantuvimos húmedo con gotas de agua, pero menos de una hora después mi pobre caracol había encogido hasta volverse una cosita miserable. Mi abuela sugirió que fuésemos a comprar conchas de caracol a Le Villiers, un colmado francés en Albertina Platz. Al principio le dejamos la concha nueva en el plato, pero no pasó nada: mi caracol no salía de la vieja por su propia iniciativa. Finalmente, ayudamos a aquel trocito marchito de vida a meterse en la concha nueva aún con los fragmentos de la otra pegados al dorso. Al cabo de dos días más de preocupación y dolor, quedó claro que mi animalito estaba muerto. Si su fallecimiento me afectó más que el de mi hermana o el de mi abuelo fue sólo porque ahora yo era mayor, lo suficiente para entender que nunca más volvería a ver a mi caracol, ni tampoco a ellos.

El otro incidente no fue realmente un incidente. Los viernes por la noche, mis padres salían a cenar o asistían a exposiciones o funciones de ópera, y Pimmichen y yo fundíamos una barra entera de mantequilla en la sartén para freír nuestros filetes empanados. De pie delante de la cocina, pinchábamos pan con un tenedor y lo mojábamos en la mantequilla, llevándolo a nuestra boca aun-

que ardiese. Después, ella preparaba *Kaiserschmarrn* para el postre, echando a cucharadas o espolvoreando en la sartén todos los ingredientes que normalmente no me dejaban probar y que en breve iban a convertirse en un festín no sólo para mi vista. Mi madre me tenía prohibido soñar siquiera con ese tipo de cosas, porque temía que las comidas dulces o con mucha grasa me causaran diabetes. ¡Si se hubiera enterado! Pero, de algún modo, todo sabía mejor si no estaba enterada ella ni nadie más.

Un día, a mediados de marzo de 1938, acompañé a mi padre al taller de un zapatero especialista en calzado ortopédico. Recuerdo la fecha porque faltaba poco para mi undécimo cumpleaños y el zapatero tenía un calendario en la pared. Mientras esperábamos sentados en el banco, no podía dejar de contar los días, porque sabía que mis padres iban a regalarme una cometa china. Muchos no habrían acudido a un especialista en calzado ortopédico por el problema de mi padre, pies planos, pero él se pasaba todo el día de pie en el trabajo y acababa muy dolorido. Pimmichen también compraba allí sus zapatos y tenía a Herr Gruber en la más alta estima; decía que le cambiaba la vida a la gente, porque, según ella, los pies doloridos roban a las personas mayores las ganas de vivir. Cuando Herr Gruber fabricaba un par de zapatos, consideraba que era su deber tener en cuenta todos los juanetes, protuberancias y callos propios de la edad. Tenía mucha demanda, como podía verse por la media docena de clientes que esperaban su turno en el estrecho taller que olía a cuero y a aceites de curtir.

Empecé a sacudir las piernas para que el tiempo pasara más rápidamente. En la calle había un ruido tremendo, como si se estuviera cayendo el cielo. Me incor-

poré de un salto para ver lo que pasaba, pero mi padre me ordenó que cerrara la puerta, porque estaba entrando frío. Mi siguiente impresión fue que toda Viena gritaba las mismas palabras, pero el vocerío era demasiado enorme para distinguirlas con claridad. Le pregunté a mi padre, y él tampoco las distinguía, aunque se irritaba cada vez más a medida que pasaba el tiempo. Herr Gruber no prestaba atención a lo que estaba ocurriendo fuera. Seguía tomando las medidas de un chico que había padecido la polio y necesitaba un alza de unos diez centímetros en el zapato izquierdo, para compensar el deficiente crecimiento de la pierna. Cuando por fin Herr Gruber nos atendió, mi padre ya no podía estarse quieto, sobre todo cuando el zapatero terminó de tomarle las medidas de los pies y pasó a calibrarle las piernas para ver si había alguna diferencia, porque no era bueno para la espalda que la hubiese. Herr Gruber hacía lo mismo con todos sus clientes. Se preocupaba por ellos, como decía mi abuela.

Cuando salimos pasamos por Heldenplatz, y allí, nunca lo olvidaré, vi a más gente de la que había visto en toda mi vida. Le pregunté a mi padre si eran un millón, y él me dijo que, más probablemente, unos cientos de miles. Yo no veía la diferencia. Mirándolos, sentí que me sofocaba, tal vez de pura insignificancia. Un hombre en el balcón del Neue Hofburg gritaba a voz en cuello, y la masa de gente compartía su furia tanto como su entusiasmo. Lo que más me sorprendió fue el centenar de adultos y niños que se habían encaramado a las estatuas ecuestres del príncipe Eugenio de Saboya y el archiduque Carlos de Austria y contemplaban desde arriba la escena. A mí también me hubiese gustado subir, se lo su-

pliqué a mi padre, pero me dijo que no. Había música, vítores, banderas; todos podían participar, era increíble. Las banderas tenían símbolos que parecían a punto de empezar a girar si soplaba el viento, como giran las aspas de los molinos.

En el tranvía de vuelta a casa, mi padre no hizo más que mirar al vacío por la ventanilla. Yo le reprochaba que no me hubiese dejado sumarme a la fiesta habiendo estado tan cerca. ¿Qué le habría costado? ¿Unos pocos minutos de su tiempo? Estudié su perfil. Sus facciones en sí mismas eran más bien agradables, pero su mal humor —me avergonzó notar— las volvía feas. Tenía un gesto de determinación en la boca, el rostro tenso, la nariz recta y severa, las cejas fruncidas en señal de irritación y los ojos concentrados en algo ausente, hasta tal extremo que nada le distraería a él, ni a mí mientras estuviera con él. Hasta su pelo peinado con cuidado me pareció de pronto meramente falso, un ardid para vender más. Me dije que a mi padre le preocupaban más su trabajo, sus beneficios y su fábrica que las diversiones que pudiera tener su familia. Poco a poco, mi enfado se fue esfumando y sentí pena por él. Su peinado ya no me pareció tan bonito; le sobresalían algunos pelos en varios lugares de la coronilla, donde se estaba quedando calvo. Aproveché que el tranvía tomaba una curva para apoyar un poco más mi peso en él.

—Padre, ¿quién era ese hombre de ahí arriba? —le pregunté.

—Ese hombre —me contestó mientras me rodeaba con un brazo y me estrechaba afectuosamente, sin mirarme— es alguien que no le concierne a un niño como tú, Johannes.